



Narciso Serra

La boda de Quevedo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Narciso Serra

La boda de Quevedo

Al eminente actos D. Julián Romea, dedica esta comedia, como una débil prueba del más sincero cariño, su leal amigo.

El Autor.

Personajes Actores

DOÑA ESPERANZA DE ARAGÓN, señora de Cetina DOÑA CARMEN CARRASCO

DOÑA GAITANA, dueña DOÑA CONC. SAMPELAYO

D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS D. JULIÁN ROMEA

D. MARCIAL DE PACHECO D. ANTONIO PIZARROSO

D. JUAN ADÁN DE LA PARRA, Inquisidor ordinario D. ANTONIO DE GUZMÁN

D. ANDRÉS DE BARRIZALES D. ELÍAS AGUIRRE

MATEO, valiente D. LÁZARO PÉREZ

LEONARDO, criado D. JOSÉ SINEO

GINÉS, criado D. FERNANDO GUERBA

UN ESCUDERO D. GERÓNIMO GONZÁLEZ

Esbirros

La acción es en Madrid, año de 1634. Comienza de día y concluye a las tres de la madrugada.

Acto primero

Sala de paso en una casa de posada: a la derecha, en primer término, el cuarto de QUEVEDO: a la izquierda el de D. MARCIAL: sobre esta última puerta habrá una ventana; puerta al foro.

Escena primera

QUEVEDO y DON MARCIAL.

QUEVEDO va a entrar en su cuarto. DON MARCIAL sale del suyo.

MARCIAL Tal vez irá a San Gerónimo. (Ap.)

¡Don Francisco! (Viéndole)

QUEVEDO ¡Don Marcial!

¿Pues desde cuándo en la corte?

MARCIAL Muy pocas horas hará.

QUEVEDO ¿Vivís aquí?

MARCIAL Sí.

QUEVEDO Me honra
vecino tan principal.

MARCIAL Yo bendigo de encontraros
la feliz casualidad,
pues tal vez vuestros consejos
me libren de algún azar.

QUEVEDO ¡Pues qué! ¿Jugáis a las pintas?

MARCIAL Arriesgo mi capital
al juego mas peligroso
de todos los juegos que hay;
juego con amor...

QUEVEDO Bien hecho,
si no hacéis más que jugar;
pero si pasa de juego,
¡pobre de vos!

MARCIAL Escuchad.

Al señor don Luis Pacheco
Narváez, mi tío carnal,
plugo mandarme a Cetina
para ir a representar
su persona, en unas bodas
de un deudo que casó allá.
Hubo, motes, danzas, músicas,
e hizo la fatalidad
que entre otros varios festejos
quisieran también probar
a presencia de las damas,
con armas su habilidad
los galanes: ya veis, yo
no me podía excusar;
sobrino y a más discípulo
del tirador sin igual
don Luis Pacheco.

QUEVEDO Está claro.

MARCIAL En una ancha sala, ya
entarmada al efeto,
con gradas donde mirar,
y cuajadas todas ellas
de la gente principal,
esgrimieron unos diestros,
harto torpes en verdad.
Yo también cogí un estoque,
y me coloqué en mitad
de la sala, no creyendo
que hubiese nadie capaz
de disputar a un Pacheco

la ventaja en pelear,
cuando un hidalguillo bizco,
más feo que un alacrán,
saluda, y se pone en guardia,
cubriendo la diagonal:
yo dije, «aquí de mi tío,
tercera y quinta, cis, zas.»
Domeño el último tercio,
apoyando el gavián;
pero el hidalgo maldito,
(confúndale Satanás)
cuando esto estaba pensando
sin saber cómo, me da
una estocada tan recia,
que hubiera sido mortal,
a no tener zapatilla
el arma: salí de allá
renegando del descuido,
y me decidí a tornar
a Madrid: en la posada,
y en lora avanzada ya,
oigo pronunciar mi nombre
y hablar del lance fatal.
Era el hidalgo: mi sangre
hervía como un volcán;
lanceme del aposento
diciendo: «Sálgase acá:
y haciendo juego de puntas
veremos si es tan locuaz,
como esgrimiendo de burlas,
esgrimiendo de verdad.»
Salimos todos al patio,
y hace la casualidad
que tenga el mismo descuido,
y el mismo golpe me da.
Sin doctor y sin botica
lo hubiera pasado mal,
a no llegar a la venta
una dama... una deidad,
que dolida de mi estado
humana y traidora al par,
bálsamo aplicó a la herida
y al alma dardo mortal.
Curé; pero con mirarla,
perdida mi libertad,
vanos fueron para ella
mi gemir, mi suplicar:

anoche llegué a la corte,
y a nadie he visto en mi afán:
me instalé en esta posada
por huir de visitar;
no sé si he perdido el juicio,
o si le tengo cabal...
QUEVEDO Es decir, que fue el remedio
peor que la enfermedad.
Don Marcial, no lo extrañéis;
no lo extrañéis, don Marcial,
que la hembra que es mejor hembra
es una calamidad:
por ellas todo lo malo,
por Eva perdióse Adán,
cuando por ella hincó el diente
al prohibido vegetal.
Dalila esquiló a Sansón
el pelo y la dignidad,
y por ella despechado,
cuando tornó a pelear,
desquició una sinagoga
mayor que una catedral.
Por los ojuelos de Iole
Hércules se puso a hilar,
trocada la maza en rueca
y en mujercilla el jayán.
Anduvo con cola y cuernos
Júpiter, la alta deidad,
porque el amor por Europa
le estaba haciendo bramar.
Y si una hembra hace de un Dios
un toro, sin más ni más,
pensando piadosamente,
con el que no es Dios, ¿qué hará?
La Cava, por poco acaba
con toda la cristiandad.
Por tentar a San Antón
(que no se dejó tentar)
tomó cuerpo de hembra el diablo,
y es cosa muy natural;
pues todas las hembras tienen
en el cuerpo a Satanás.
Ellas hacen al que es célibe
combatir y trasnochar;
ellas hacen al casado,
aunque sea viejo ya,
en la estatura crecer,

en las haciendas menguar.
Y frailes y mercaderes
se pierden por ellas más,
que necedades han dicho,
queriéndome censurar,
Alarcón, Pacheco, Góngora
y Pérez de Montalván.

MARCIAL Mordaz como siempre...

QUEVEDO Y gracias

que he sabido ser mordaz,
que a no ser porque mordía,
me hubieran comido ya.
Veintidós pleitos me cuesta
mi torre de Juan Abad,
y pago más en derechos
que de derecho me da.
Siendo propietario, no
puedo en mi casa habitar,
porque dicen que conspiro
contra el ministro, y jamás
me han visitado personas
de descompuesto genial,
a no ser las nueve musas,
y esas son gente de paz.
No tengo hermana que ver
ni privanza que prestar;
de un desengaño del mundo
me consuela un madrigal;
y aun así tengo enemigos
que me han hecho transformar
en agresivo lo afable,
lo pichón en gavilán.

MARCIAL Aunque con don Luis, mi tío,
sustentáis enemistad,
yo nunca os ofendí.

QUEVEDO Cierto.

MARCIAL Y os quisiera demandar
un favor.

QUEVEDO Decid cuál es.

MARCIAL Me convencen por demás
vuestros ejemplos, Quevedo;
pero la fatalidad
hacia esa mujer me arrastra,
sin poderlo remediar;
y es...

QUEVEDO Porque a los hijos de Eva
gustan las hijas de Adán.

MARCIAL Porque estoy enamorado,
Quevedo, a no poder más.

Esa mujer o morir...
Conozco mi natural;
soy de fuego.

QUEVEDO Pues debéis
iros a un puerto de mar.

MARCIAL Dadme un medio, si algo os mueve
a hacer mi felicidad,
para que pueda el amor
de esa mujer conquistar.

QUEVEDO Dádivas quebrantan peñas,
dice un antiguo refrán:
dadla joyas.

MARCIAL La ofendéis.

QUEVEDO Dadla doble.

MARCIAL La injuriáis.

QUEVEDO Libradla de un gran peligro.

MARCIAL Y ese peligro...

QUEVEDO Escuchad.

¿No habéis visto en las comedias
que cuando la dama va
a paseo, sale un toro,
y tras el toro un galán,
que a fuer de toreador
consigue matrimoniar?

MARCIAL Sí, luego...

QUEVEDO Inventado el riesgo
os es fácil lo demás.

La gratitud es la puerta
por donde amor suele entrar.

MARCIAL ¡Oh! Gracias, gracias, Quevedo.

Escena II

QUEVEDO, DON MARCIAL, DON ANDRÉS.

ANDRÉS ¡Don Francisco! (Entrando.)

QUEVEDO ¡Oh! Que aquí está
el galán más atildado

de los galanes. Pasad.

MARCIAL Con él os dejo. Salud. (A DON ANDRÉS.)

QUEVEDO Infeliz! Se casará. (Ap.)

Escena III

QUEVEDO, DON ANDRÉS.

ANDRÉS Huélgome a solas hallaros,
don Francisco, porque vengo
del grave dolor que tengo

el remedio a consultaros.

QUEVEDO ¿Qué dolor es?

ANDRÉS. Honda pena
en el alma.

QUEVEDO Calma, calma;
no curan males del alma
Hipócrates ni Avicena,
cuanto más yo.

ANDRÉS Vos podéis
alumbrar mi entendimiento,
que se halla en este momento
sin luz.

QUEVEDO ¿Si?... ¿Pues qué tenéis?

ANDRÉS Don Francisco amigo, oid.

Todos por galán me aclaman,
y por apodo me llaman
el burlador de Madrid.

Pues cuentan que en esta villa
más mujeres burlé infiel
que el don Juan de fray Gabriel,
el burlador de Sevilla.

Es lo cierto que mi talle,
(sin alabarme...)

QUEVEDO Se entiende.

ANDRÉS Muchas hermosuras prende
en el paseo y la calle.

Que al mirarme los maridos
con barras su puerta aferran,
y las mujeres no cierran
los ojos ni los oídos.

Pero de cuanto pequé
en el mundo estoy purgado,
porque estoy enamorado,
Quevedo, de buena fe.

Y tan triste y abatido
me encontráis en este punto,
que he de ser presto difunto,
si no soy presto marido.

Alma que a tantas rindió
tiene una mujer cautiva,
y es para mí tan esquiva
como esquivo he sido yo.

Dando, de piedad ejemplo
la hallé en el templo, ay de mí,
que mi corazón perdí
desde que la vi en el templo.

Seguila: no reparaba

en mí, y ya cansado en suma,
quise fiar a la pluma
lo que en el alma pasaba.
Gané la dueña, y la di
un billete asaz discreto,
por lo moral del conceto
y lo breve. Dice así:
«Hijo de amor verdadero,
señora, santo es mi fin:
haceros mi esposa quiero,
que por vos de amores muero
desde que os vi en San Martín.»
QUEVEDO ¿Contestó al billete?
ANDRÉS Sí.
QUEVEDO ¿No acepta el bodorrio?
ANDRÉS No.
Adivinad...
QUEVEDO Qué, sé yo.
ANDRÉS Se trata de vos.
QUEVEDO ¿De mí?...
¡Por Cristo, que es singular!
ANDRÉS Quevedo, como os lo digo.
QUEVEDO Si supo que sois mi amigo,
os diría, a no dudar:
Don Francisco es basilisco,
con las hembras descortés
y los ministros arisco:
no he de ser yo de quien es
amigo de don Francisco.
¿Me equivoco?
ANDRÉS ¡Sí, por Dios!
Bien su carta me embaraza;
nos emplaza.
QUEVEDO ¿A mí me emplaza?
ANDRÉS A ella y a nosotros dos.
Hoy mismo en la iglesia vi
a la dueña: hízome seña;
la respuesta que la dueña
me entregó, miradla aquí.
«Tanto amor como me envía (Leyendo.)
estimo en cortesanía,
aunque pagarle no puedo;
yo no me caso hasta el día
en que se case Quevedo,»
QUEVEDO Ingeniosa traza urdió
para calabacear,
si no promete casar

hasta que me case yo.
ANDRÉS Que se ha vuelto loca infiero,
o quiere volverme loco.
Si no os casáis, yo tampoco.
QUEVEDO Pues os moriréis soltero.
ANDRÉS ¡Eso decís!
QUEVEDO ¡Por Dios santo!
¿Queréis que otra cosa diga?
Mucho la amistad obliga,
don Andrés, pero no tanto.
Bueno es que el amor yo deje
por no sufrir sus afanes,
y que vengan los galanes
a que yo los aconseje.
Yo, que la dulce poesía
sólo cultivo con gozo,
y que ya paso de mozo,
y no soy dueña ni tía.
ANDRÉS Aun sois joven.
QUEVEDO Ojalá;
mas no me convenzo de ello.
ANDRÉS Tiñéndoos algo el cabello...
QUEVEDO Bien sin teñirse se está.
«El viejo que con destreza
se ilumina, tiñe y pinta,
echa borrones de tinta
al papel de su cabeza».
Ir de Caribdis a Scila
es el tal remojo infiero.
«No es buen Jordán el tintero
al que envejece la pila».
ANDRÉS Es que no os mueve el afán...
QUEVEDO Es que el empeño me arredra.
ANDRÉS Tenéis corazón de piedra.
QUEVEDO Y cara de cordobán.
Y en amores, don Andrés,
nunca hiciera una conquista
quien es tan corto de vista,
siendo tan largo de pies.
Devaneos, a fe mía
que tuve mil, se comprende;
pero el amor que se vende,
no es amor, es mercancía.
Al mirarme en el espejo
en tan feo desaliño,
sin amores desde niño
he ido llegando hasta viejo;

con fealdad y poca hacienda
fuera loca presunción
el buscar un corazón
que este corazón comprenda.

Por eso cejé en mi empeño.

ANDRÉS ¿Y no amasteis nunca?

QUEVEDO Sí.

Una vez pienso que vi,
un serafín en un sueño.
Mas porque la realidad
no deshiciera el encanto,
o diese a correr de espanto
al mirar mi fealdad,
esfuerzo, estudio y ausencia,
y guerras y desengaños,
lograron, a fuerza de años,
mitigarme la dolencia.

ANDRÉS Pudiéndole contener

no fue grande amor, señor

QUEVEDO Es que yo amo al amor,

pero temo a la mujer.

Aunque soy de vista corto,
os aseguro, por Cristo,
que tales casos he visto,
que verlos me dejó absorto.

Vi casadas con afán
arriesgar vida y reposo
por un amante giboso,
siendo el marido galán.

Damas de muy noble porte
he visto, ya más de tres,
prendarse de un ginovés,
pastelero de la corte.

He visto en amargos duelos
a una mujer, que gemía
porque no la sacudía
su galán, teniendo celos.

Y he visto (será quizás
que mis ojos no son buenos)
que todas tienen en menos
a aquel que las tiene en más.

¿Quién da reglas al amor?

Muchos se hicieron querer
porque se hicieron temer.

ANDRÉS Brava idea es el temor.

Si eso mi triunfo asegura,
discurriré... Adiós, Quevedo.

Me ha de tener tanto miedo,
que me ha de amar con locura.
QUEVEDO Un buen medio discurrid...
ANDRÉS Muy pronto os vendré a contar,
que no hay quien pueda burlar
al burlador de Madrid.

Escena IV

QUEVEDO Si los matrimonios son
para los hombres funestos,
siendo los hombres como estos,
las hembras tienen razón.
En justa compensación
del malo y del iracundo,
Dios, en su saber profundo,
mandó a esos entes piadosos
hacer papel de gracioso
en la comedia del mundo.
Don Marcial sólo ha querido
hacerme su consejero,
pero el otro majadero
pretende hacerme marido,
¡a mí! que nunca he tenido
duda para un galanteo;
porque siendo cojo y feo,
claro está, que en el asunto
cualquiera mujer, al punto,
sabe del pie que cojeo.
El mal es, que por su empeño
de relatarme su historia,
me han traído a la memoria
el serafín de mi sueño.
Ya no puedo estar risueño
por más que lo quiero estar:
el recuerdo de un pesar
que el corazón supo herir,
tarda en volverse a dormir
si se llega a despertar.
Pensamiento, déjame...
¿No quieres? Pues en castigo,
a puro tontos me obligo
que el buen humor te daré:
íreme a palacio a pie;
y caminando despacio
ya los habrá en este espacio;
y aunque bastantes no halle,
los que no encuentre en la calle

me sobrarán en palacio.

(Va a salir y le detiene DON JUAN ADÁN DE LA PARRA, embozado.)

Escena V

QUEVEDO, ADÁN.

ADÁN Deteneos.

QUEVEDO ¿Quién me agarra?

¿Si será otro don Andrés? (Ap.)

ADÁN Soy yo, Quevedo.

QUEVEDO ¡¡Si es

don Juan Adán de la Parra!!

Pase el buen inquisidor.

ADÁN Hablad mas bajo, Quevedo.

Me estoy muriendo de miedo.

QUEVEDO Pues es la muerte peor:

tenedlo por cosa cierta.

Tiempo ha no os cuidáis de mí.

¿Qué buen viento os trae aquí?

Decidme.

ADÁN Cerrad la puerta.

QUEVEDO Asustado estáis, por Dios,

y haréis que me ponga serio:

aclarad, pues, el misterio.

¿Corréis algún riesgo?

ADÁN Vos.

QUEVEDO ¿Que yo corro riesgo?

ADÁN Sí.

QUEVEDO ¿Es cosa de pleito?

ADÁN No.

QUEVEDO ¿Quién me lo asegura?

ADÁN Yo.

QUEVEDO ¿Dónde he de saberlo?

ADÁN Aquí.

Mas cerrad y sed prudente,

que a mí, según la pavura

que traigo, se me figura

cada losa una serpiente.

QUEVEDO Pues mal andáis si os agarra,

y hace que se dé la mano

con el Adán del manzano

el buen Adán de la Parra.

ADÁN Dejad las burlas y alerta,

que os mira la Inquisición.

QUEVEDO Con la Inquisición chitón.

Vamos a cerrar la puerta. (Lo hace.)

Nada con la Inquisición;

que hasta vos, ved lo que os digo,

que sois mi mejor amigo,
me estáis oliendo a tostón.

¿Qué es lo que ocurre?

ADÁN

Escuchad,

y apreciad en su valer
el que hoy falte a mi deber
por un deber de amistad.

Cuando sin razón ninguna,
y solo esperando en Dios,
presos nos vimos los dos
por nuestra mala fortuna,
hallándome enfermo y viejo
acorristeis mi miseria,
dando vida a la materia
y al espíritu consejo.

Cuando salir libre os vi,
libertarme prometisteis,
y a poco que vos salisteis
yo también libre salí.
Por cuidado tan prolijo,
con gloria decirlo puedo,
os quiero yo... como a un hijo...

¡Dadme un abrazo, Quevedo!

Que no sabiendo expresar
con palabras mi cariño,
estoy... vamos, como un niño,
reventando por llorar.

QUEVEDO ¡Buen viejo, razón tenéis!

¡Apretad, por vida mía!

Dios os pagará algún día
todo el bien que ahora me hacéis.

ADÁN Yo... soy... así...

QUEVEDO

Sin razón

os humilláis, y lo siento:
el mas claro entendimiento
no es nada sin corazón.

Serenaos y decid.

ADÁN En grave peligro estáis;

tal vez hoy mismo tengáis
que fugaros de Madrid.

Cuando en prisiones crueles
nos hallábamos, un día
me dijisteis, se os había
confiscado los papeles.

En cierta vez el demonio
tentó vuestra pluma airada
a escribir la malhadada

Sátira del Matrimonio;
y hoy, por haceros perjuicio
alguno que os quiere mal,
ha puesto el original
en poder del Santo Oficio.
Aun la corte se alborozaba
con los chistes que vertisteis
en la comedia, que hicisteis
con don Antonio Mendoza,
Quien más miente medra más,
que chocó a la corte toda,
por no acabarse con boda
como todas las demás.
También en la Inquisición
ese manuscrito está,
y hoy a discutirse va
sobre ambos grave cuestión.
Con todos no estáis bien quisto:
ved al rey, que así os conviene...
Aquel que enemigos tiene,
Quevedo, debe andar listo.
QUEVEDO ¡El rey! ¿Y pensáis quizás
que sea leal conmigo?
ADÁN ¿No es vuestro amigo?
QUEVEDO ¡Mi amigo!
Le divierte, y nada más.
Como hace octavas, y tales,
que analizadas en suma,
por salir de su real pluma
son solo octavas reales,
tiene de poeta el vicio
cuando de rey deja el mando,
me mira de cuando en cuando
así... como del oficio.
ADÁN Pedidle su protección:
mirad que mucho os conviene,
porque, tal vez os condene
hoy mismo la Inquisición.
Yo os avisaré, al salir
de la junta, el resultado:
y si por fin, obligado
os hallaseis a partir,
cuanto tengo, sin dudar...
¡Adiós! De la junta es hora.
Ved al duque...a su señora...
QUEVEDO ¡Ah! Tú me haces recordar
que aver con harta intención

dijo al darme este papel:
«Quevedo, escribid en él
en verso vuestra opinión.»
(Leyendo.) «Si a peligro de muerte se expusiera
por no casarse al punto,
entre boda y responsos ¿qué eligiera,
Quevedo, ser marido o ser difunto?»
ADÁN Malo es que llegue a entender
la duquesa en el negocio.
QUEVEDO Por entretener el ocio
es capaz de hacerme arder.
ADÁN No andéis reacio, por Dios.
¿Prometéisme hacerlo?
QUEVEDO Sí.
ADÁN Ya que no por vos, por mí.
¿Qué fuera de mí sin vos?
QUEVEDO Voy a escribir.
ADÁN Oigo ruido.
Alguien sube la escalera...
Adiós, Quevedo... (¡Ay! Dios quiera
que no me hayan conocido.)

Escena VI

QUEVEDO ¡Tendrá razón! ¡Serán tales
los rigores de mi estrella,
que de su olvido cansada
torne a perseguirme adversa!
¡O será que al pobre Adán
su loca amistad le ciega,
haciéndole ver un monte
lo que es un grano de arena!
Mi Sátira al Matrimonio
no creo que nada tenga
que ver con la Inquisición,
ni Olivares, ni la Reina.
Quien más miente medra más.
Con Mendoza esta comedia
escribí: cualquier castigo
no es grande, sufrido a medias.
Ir a la corte, mezclarme
con la turba palaciega,
pedir perdón, sin saber
antes si se me condena,
es más declararme reo
que proclamar mi inocencia.
Y si la comedia fue
ocasión de la tormenta,

como Mendoza es mi cómplice...
hará jugar su influencia,
y por salvarse a sí mismo
me salvará. Es cosa hecha.
Quieto hasta que Adán me avise,
si acaso el peligro arrecia.
Procuraré escribir coplas
a la Condesa-Duquesa.
Tal vez llamándola hermosa,
(galantería estupenda)
si algo trama contra mí,
ceje en su enojo y me absuelva. (Vase.)

Escena VII

DOÑA GAITANA y DON MARCIAL.

MARCIAL Escuche la dueña.

GAITANA Déjeme.

Mire que soy noble.

MARCIAL Atienda,
doña Gaitana.

GAITANA Mi nombre...

MARCIAL ¡Mil tajos! ¿Pues no se acuerda
la ilustre doña Gaitana
del herido de la venta?

GAITANA ¡Vos en Madrid!

MARCIAL A caballo

me puse, no más las vendas
desfajé de aquella herida,
porque otra mayor, más fiera,
vuestra dueña hizo en el alma
del alma haciéndose dueña.

¿Se halla bien en Madrid?

GAITANA Sí.

Yo soy la que no estoy buena
aquí.

MARCIAL ¡Qué hermosa estará!

GAITANA Me ha entrado una tos tan seca.

MARCIAL ¿Haréis que la vea?

GAITANA Y luego

una hinchazón en las piernas...

MARCIAL ¿Haréis que la vea?

GAITANA Ítem.

En la paletilla izquierda...

MARCIAL ¿Haréis que la vea?

GAITANA Ayer

le prometí unas candelas
al Santo Cristo de Rivas.

Pero...

MARCIAL ¿Haréis que la vea?

GAITANA No lo he podido cumplir...

La soldada es tan pequeña...

MARCIAL ¡Oh! Tomad.

GAITANA Bien se os conoce
que sois hidalgo en la muestra.

MARCIAL ¿Dónde vivís?

GAITANA Nos mudamos
hoy mismo.

MARCIAL ¿Dónde?

GAITANA Muy cerca
de aquí. A la calle del Niño,
número cuatro.

MARCIAL ¿Certeza
tienes de no ir a otra casa?

GAITANA Sí, porque don Luis la Cerda,
duque de Medinaceli,
de quien mi señora es deuda
a lo lejos, se ha empeñado
en que tiene que ser esa
nuestra morada.

MARCIAL ¿Y por qué?

GAITANA Como es ya viejo, chochea.

MARCIAL El propietario es mi amigo.

GAITANA Para hablarle en la meseta
está esperando mi ama.

MARCIAL Aunque no la hable, he de verla. (Vase.)

GAITANA Buena es la bolsa: el hidalgo
es hombre de buenas prendas.

Si logro juntar un dote,
con las tocas no me entierran.

Escena VIII

DOÑA GAITANA y QUEVEDO, rasgando un papel.

QUEVEDO Está visto, estoy sin musa;
no puedo hacer una décima.

Ese imbécil don Andrés
con traerme esas ideas,
de mi sueño, me ha llenado
el corazón de tristeza.

¡Qué loco soy! Yo, filósofo
casi escéptico, poeta,
triste estar, como un alférez
cuando no ve una mozuela.

No, yo quiero estar alegre,
si a todo el infierno pesa.

GAITANA ¡Jesús!

QUEVEDO María y José.

GAITANA Pater noster.

QUEVEDO Gratia plena.

GAITANA Mucho reniega el hidalgo.

QUEVEDO Mucho se espanta la dueña.

GAITANA Soy cristiana vieja.

QUEVEDO Y tanto,

que no negarais lo vieja,

aunque por bula del Papa

os confirmase la iglesia.

GAITANA No crea que son los años

los que de aquesta manera

me han puesto, sino el ayuno,

el cilicio, la leyenda...

QUEVEDO El ayuno, sobre todo,

os puso como la cera.

GAITANA Dejad las burlas. Sois el

dueño de una casa nueva,

calle del Niño... que allí,

no el nombre y sí la vivienda

supimos del propietario.

QUEVEDO Yo soy.

GAITANA Hablaros desea

la señora de Cetina,

doña Esperanza, mi dueña.

Licencia de veros pide.

QUEVEDO Llevadla, pues, la licencia.

GAITANA Qué antojos. (Fisgándole los anteojos.)

QUEVEDO Como los vuestros

se me antojaron, morena.

GAITANA ¡Gran Dios qué pie! ¿Quién os calza?

(Viéndole el pie.)

QUEVEDO El barbero que os afeita,

GAITANA No me injurie, que soy noble.

QUEVEDO Bienes raíces dan nobleza,

y bueno es que tenga barbas

noble que no tiene muelas.

GAITANA ¿Y él qué sabe?

QUEVEDO Lo supongo

sin entrar en la caverna.

GAITANA Pues al adonis, jurara,

que no ha encontrado en la tierra

una mujer que preñar

teniendo tan buenas prendas.

QUEVEDO Es verdad; hasta las momias

en decírmelo se empeñan...

Peores que las mujeres
son todavía las viejas.

Escena IX

DOÑA ESPERANZA, DOÑA GAITANA, QUEVEDO.

ESPERANZA ¿Es aquel?

GAITANA Sí, allí está

aguardándoos: más os fío

que muy caro os pedirá,

pues tiene más de judío

que no de casero. (Vase.)

Escena X

DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO.

QUEVEDO (Conteniendo un grito al verla.) ¡Ah!

Es que la finge mi estrella! (Ap.)

ESPER. La casa número cuatro,

calle del Niño...

QUEVEDO Qué bella. (Ap.)

ESPER. Es vuestra...

QUEVEDO ¡Dios mío! ¡Es ella! (Ap.)

¡Es ella, la que idolatro!

ESPER. Vivo en casa de posada,

la primera que encontré

a Madrid recién llegada:

me disgusta: aposentada

en la vuestra quedaré,

si el precio...

QUEVEDO Haced mas aprecio

de mí, y calculad, por Dios,

que fuera al fijarle necio;

pagáisla a muy alto precio

con solo habítarla vos.

Siempre hallareis, noche y día,

casa y dueño a vuestros pies.

ESPER. ¡Extremada cortesía!

QUEVEDO No quita, señora mía,

lo casero a lo cortés.

Aunque vocinglera fama

me señala con el dedo

y por descortés me aclama,

siempre honrar supo a una dama

don Francisco de Quevedo.

ESPER. ¡Vos Quevedo!

QUEVEDO ¿Qué os extraña,

señora mía?

ESPER. Me daña

después de haberos hablado,
el no haber adivinado
a la lumbrera de España.

QUEVEDO Amabilidad...

ESPER. Justicia.

QUEVEDO Pues no dice eso la gente:
la malicia me desquicia.

ESPER. ¿Y quién cree a la malicia,
si todos saben que miente?

Vuestras poesías, llenas
de filosofía y galas,
dan al que censura penas;
y aunque diga, que son malas,
harto siente que son buenas.

A ese enjambre, que se aleja
si a luchar se le provoca,
compadecerle vos toca.

QUEVEDO ¡Qué bueno es Dios, que oír me deja (Ap.)
las palabras de su boca!

ESPER. Niña a la corte llegué
y al pueblo donde nací
adolescente torné;
por lo que de vos leí
adivinaros pensé.

Vuestras obras celebradas
a mi retiro llegaron,
deleitando mis veladas;
a las vuestras apegadas
mis ideas se quedaron.

Pienso lo que vos pensáis,
quiero lo que vos queréis,
odio lo que vos odiáis,
y casi orgullo me dais
por lo mucho que valéis.

Y hoy que conozco al poeta
que alcanza gloriosa fama,
alcanzo dicha completa.

QUEVEDO Yo más, mirando una dama
tan hermosa y tan discreta.

ESPER. Quevedo, por compasión,
aunque por galán convenio
me concedais discreción,
¿qué fuera, junto al ingenio
de tan preclaro varón?

Feliz tan solo sería
quien vuestro saber tuviera.

QUEVEDO Ojalá, señora mía,

trocar mi saber pudiera
por ser feliz sólo un día.
ESPER. ¿Jamás lo fuisteis?

QUEVEDO

¡Jamás!

La dicha de los demás
viendo, sin dicha he vivido,
o mi mayor dicha ha sido
la indiferencia quizás.
En la soledad nutrí
el corazón...

ESPER. ¡Oh! ¡Me espanto!
¿Y no habéis llorado?

QUEVEDO

Sí;

pero aunque he llorado tanto,
¿quién ha de ver llanto en mí?
Lágrimas de eterno duelo,
que vierte el alma sin calma
en su amargo desconsuelo;
como son hijas del alma,
solo las comprende el cielo.
Y encontrándome enojoso
con mi eterno heraclitismo,
para mi propio reposo
me propuse ser chistoso
y divertirme a mí mismo.
Con mi humor siempre chancero,
engaño mi mal vivir:
que si pienso un día entero
en mis tristezas, me muero,
y no me quiero morir.
Mas recurso no me queda
que embriagarme en mi alegría,
y hasta que me llegue el día
pensar lo que menos pueda.
Ésta es mi filosofía.

ESPER. Nunca de ella os sacarán,
y de las dichas en pos
mitigaréis ese afán.

¿Tuvisteis amigos?

QUEVEDO

Dos.

Miguel Cervantes y Adán.
De entrambos he sido hermano;
del uno no hay mauseolo
do lleve una flor mi mano:
el otro es ya muy anciano:
pronto me quedaré solo.

ESPER. Tenéis fama...

QUEVEDO No me esponja.
ESPER. Y valor...
QUEVEDO No es prenda rara.
ESPER. Y admiraciones...
QUEVEDO Lisonja.
ESPER. Tenéis una hermana...
QUEVEDO Es monja.
ESPER. Y tal vez...
QUEVEDO Vedme la cara. (Pausa.)
¿Calláis?... ¡Mejor es callar!
ESPER. Ofendile sin querer... (Ap.)
Mi yerro sabré enmendar.
QUEVEDO Aunque no me pueda amar, (Ap.)
yo al menos la podré ver.
ESPER. Huérfana y mayor de edad,
dueña de mi casa soy:
si algo vale mi amistad,
os la ofrezco desde hoy.
QUEVEDO ¡Oh! ¡Quanta felicidad! (Ap.)
Siempre en mí la de Cetina (Alto.)
verá un amigo sincero.
ESPER. Sois quien sois, y se adivina. (Saludando)
Extremado es el casero. (Ap.)
QUEVEDO Me enloquece la inquilina. (Ap.)

Escena XI

QUEVEDO Vamos a cuentas, Quevedo,
ahora que te encuentras solo:
¿es que el cielo te sonríe,
o que tienta el demonio?
¡La he visto! ¡He sido feliz
mirando su bello rostro!
Pero enseñándola el mío
habrela causado enojos...
Es un ángel... mas el ángel
¿no pudiera como otros
en el arenal del mundo
manchar las alas de polvo?...
¿No me han de dar todos celos,
siendo más galanes todos?
Dejar de verla, imposible...
Verla mucho peligroso...
¡Qué hacer!...¿Qué hacer? No pensar,
que voy a volverme loco.

Escena XII

QUEVEDO, GINÉS con una carta.

QUEVEDO ¿Qué ocurre, Ginés?
Señor,
un hombre con el embozo
recatando el rostro, diome
esto para vos, y próximo
a la esquina, dio a correr. (Vase.)

Escena XIII

QUEVEDO Es de Adán... El lema rompo.
«Estáis perdido, Quevedo. (Leyendo.)
Por pluralidad de votos
se opina que es contra el dogma
la Sátira al Matrimonio;
de la comedia se dice
que es herética en el fondo,
y a vos os echan la culpa,
pues dicen que don Antonio
Mendoza, como es casado,
no escribiera de ese modo.
Él por marido se libra:
haced, Quevedo, lo propio;
huiros será imposible,
porque os vigilan cien ojos.
Casaos, que no hay mas medio
de librar que el que os propongo.
Me he encargado de prenderos;
con mi persona respondo
de la vuestra; iré a las tres:
o sed marido, o sed prófugo.»
¿Será esto providencial? (Declamando.)
Cuando me creía solo,
se aparece en mi camino...
Un grave peligro corro,
según Adán... ¡Oh! Si ella...
¡Deliro!

Escena XIV

QUEVEDO, DON ANDRÉS.
ANDRÉS ¡Soy venturoso!
Va a vivir a vuestra casa
la mujer a quien adoro...
según me ha dicho la dueña
en esta calle hace poco.
De la habitación estaba
dándole señas a un mozo.
Porque me quiera, a su ama
esta noche un susto gordo

la he de dar. Gracias, Quevedo. (Vase.)

QUEVEDO ¡Está visto, soy un topo!

Pero ella, ¿cómo es posible
que se enamore de un tonto?

Escena XV

QUEVEDO, DON MARCIAL.

MARCIAL Don Francisco, soy feliz;
soy muy feliz...

QUEVEDO Este es otro. (Ap.)

MARCIAL La que amo es vuestra inquilina...

¡Ya veréis cómo me porto!

Ya tengo inventado el riesgo,

y la salvación, y todo...

Si no me quiere esta noche,

por la mañana me ahorco. (Vase.)

Escena XVI

QUEVEDO ¿Y qué haces tú aquí, Quevedo?

Cobra tus bríos de mozo,

pues lo pide el Santo Oficio,

y Adán de la Parra, y todos...

y tu corazón también,

¡que la adora, pobre loco!

¡Oh! Si mi ingenio pudiera

hacer olvidar mi rostro.

¿No se atreven esos necios?

¿Por qué yo he de ser tan corto?

¡Sí! Lucharé, lucharé.

Los tontos no son mis prójimos.

Ellos son hombres al agua;

pero yo soy hombre al horno,

si antes de las tres no cierro

con el santo matrimonio.

¡Maridos! Con mi atrición

todas mis letrillas borro...

«Muchachas, todo me caso.

Niñas, todo me desposo»

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo

La calle del Niño: a la izquierda, en primer término, la casa de Quevedo, marcada con el número cuatro: puerta y balcón practicables. En segundo término, al mismo lado, un arca de agua, tras de la que se pueda ocultar un hombre. Es de noche.

Escena primera

DON ANDRÉS, DOÑA GAITANA.

ANDRÉS Esto ha de ser, ya lo dije.

GAITANA ¡Pero, señor, por los ángeles!

Mirad que el medio es atroz...

ANDRÉS Pero al fin es santo.

GAITANA Pase.

A no ser por eso, nunca
os ayudara en el lance.

Soy noble; por línea recta
desciendo del rey don Jaime,
y hartos me apesara el ánima
que el Papa le excomulgase;
y como vos también sois
noble, no puede dudarse
me interesáis; ya se ve,
la sangre, señor, la sangre...

A no tener vos, como otros
que abundan por esas calles,
otra ejecutoria que
sus escudos miserables,
nunca hubierais conseguido
ponerme de vuestra parte;
pero como que sois noble...
la sangre, señor, la sangre.

ANDRÉS Sé lo que arriesgo en el juego;
mas no tengo de arredrarme:
no ha de decirse, por Cristo,
que se logró burlar nadie
del burlador de Madrid,
don Andrés de Barrizales.

¿Dónde fue doña Esperanza?

GAITANA Salió, caída la tarde,
a visitar a la viuda
de no sé qué personaje,
que con el difunto rey
tenía privanza grande;
pero como al actual
le domina el de Olivares,
no tiene presente el hijo
los servidores del padre;
y como mi ama es tan buena,
que todos sus capitales

en obras de caridad
juiciosamente reparte
a los pobres...

ANDRÉS ¡Oh! ¡Nobleza!

GAITANA La sangre, señor, la sangre...

Aquel que afrenta su escudo,
bien merece que le empalen.

Prendose un saludador
en Cetina, de mi talle:

era bizarro; mas yo,

mirando por mi linaje,

estuve tiesa que tiesa,

y persistí el no casarme.

Que a pesar de aquel principio,

crescite et multiplicamini,

talis pater talis filius,

talis filius talis pater.

ANDRÉS ¿También latín?

GAITANA Eduqueme

en un convento del Carmen,

y sabía más latín

que el rector: ojalá que antes

de haberme tornado al siglo

a la gloria me tornase.

Cada paso es un tropiezo...

La juventud es tan frágil...

No hay chispa de devoción...

Ninguno piensa en salvarse,

menos yo, que prometí

seis candelas a una imagen...

ANDRÉS De mi cuenta corren.

GAITANA Gracias.

La sangre, señor, la sangre.

ANDRÉS ¿No me has dicho que esta casa

tiene una puerta de escape

que da a la calle de Francos?

Escena II

DON ANDRÉS, DOÑA GAITANA y DON MARCIAL, que queda escondido tras del arca
de agua.

GAITANA Así es la verdad.

ANDRÉS ¿La llave?...

GAITANA Aquí la tenéis. Y siempre (Dándosela)

que quisiéredes llamarme,

daréis tres palmadas.

MARCIAL ¡Hola!

¡Con que he llegado yo tarde!

¡Con que es mi competidor
don Andrés de Barrizales!
Ruegue a Dios que no me enoje,
le rete, en guardia me plante,
le reciba con la punta
y hasta el recazo le ensarte.
GAITANA Mi señora. Retiraos,
no me encuentre con vos. Vale.
ANDRÉS Muy bueno será el latín,
pero prefiero el romance.

Escena III

DICHOS, DOÑA ESPERANZA y un ESCUDERO.

ESPER. Llamad.

ESCU. Señora, está abierto.

(Entra en la casa.)

ESPER. ¿Qué hacéis, Gaitana, en la calle?

GAITANA Rezaba mis oraciones.

ESPER. No son las piedras imágenes.

GAITANA En cualquier lugar, señora,

siendo la devoción grande,
el que es fiel se forja un templo.

A más hice un voto...

ESPER. ¡Calle!

GAITANA De rezar en lugar frío.

MARCIAL (¡Ah! ¡Pergamino ambulante!

Cien años de purgatorio

no han de bastar a purgarte

de hacer a los santos cómplices

en tercerías de lances.)

GAITANA A más, señora, este pliego

le traje del duque un paje

para vos. Yo salí a abrir...

ESPER. (De Medinaceli.) Dadme.

(Tomando el pliego.)

Andad delante.

GAITANA (¡Qué imperio!

Ya me lo dirás mas tarde.)

Escena IV

DICHOS, menos DOÑA GAITANA.

MARCIAL (Estoy por salir y hablarla.)

ANDRÉS (Me decido)

MARCIAL (¡Voto a sanes!

(Deteniéndose al ver que D. ANDRÉS avanza.)

ANDRÉS (Con escucharme benigna
se puede ahorrar un percance.)

ESPER. (Tendré que mandar la dueña
a pervertirse a otra parte.)

(Va a entrar en la casa.)

ANDRÉS Detente, hermosa tirana,
que en mi dolor te complaces.

No mis amantes finezas
con fieros despegos pagues.

ESPER. Me detengo.

ANDRÉS Oye los ruegos
de un triste, que por amarte...

ESPER. Hablad.

ANDRÉS (Me escucha, ¡oh ventura!)

ESPER. Hablad.

MARCIAL (¡Le escucha! ¡Bergante!)

ANDRÉS Desde que os hallé en el templo
hermosa como los ángeles...

ESPER. Seguid.

ANDRÉS Os entregué el alma.

ESPER. Seguid, seguid.

MARCIAL (¡Voto al draque!

¡Ella le anima!)

ANDRES (Me anima,
no he menester los truhanes.)

MARCIAL (Sin saber dar un revés.)

ESPER. Seguid.

ANDRÉS (¡Lo que puede el talle!)

En vano cien hermosuras,
rondadas por cien galanes,
por este amor que os consagro
suspiran noches y tardes.

MARCIAL (¡Pues tienen gusto!)

ANDRÉS Por vos

sacrifico esas beldades;
que no pueden darme ellas
el bien que vos podéis darme.

Vos me perseguís en sueños,
yo vos persigo en la calle,
y este amor que por vos siento,
esta inquietud incesante...

ESPER. Seguid.

ANDRÉS Inútil será
que encarecéroslo trato,
pues bien la habéis comprendido.

La libertad dispensadme,
pero decidme «seguid»
es como decir «amadme.»

MARCIAL (No tiene vuelta de hoja.)

No hay... parada.)

ESPER. Pues la errasteis.

ANDRÉS ¿Cómo es eso?

MARCIAL (¿Cómo es eso?)

ANDRÉS ¿No me habéis dicho que os hable?

ESPER. Porque cuanto antes me habléis,
antes dejaréis de hablarme.

MARCIAL (¡Bendita boca! ¡Buen tajo!)

ANDRÉS (¡Fiero golpe!)

MARCIAL (¡Que le pare!)

ESPER. Seguid, seguid.

ANDRÉS Yo... si... como...

ESPER. Si no habláis más, Dios os guarde.

ANDRÉS ¿Sin contestarme os marcháis?

ESPER. No me lo exigáis... dejadme.

ANDRÉS Hablad; que aunque las palabras
el corazón me maltraten,
mientras os vean mis ojos
será mi mal menos grande.

Tanto os amo...

ESPER. Os engañáis.

ANDRÉS Que me engaño...

ESPER. Si me amaséis,

no quisierais de peligros
y de enemigos cercarme;
pues si esas cien hermosuras,
rondadas por cien galanes,
que por vuestro amor están
llorando noches y tardes,
llegan a cobrarme envidia,
que me cobren odio es fácil.

Si me llamáis en la iglesia
la atención con ademanes,
sobre vos perder el alma
hacéis que yo no la salve.

Y si vais siendo mi sombra
en el paseo y la calle,
tendrá que hablar la malicia,
y la malicia es infame.

No pretendáis disculparos
con que es vuestro amor tan grande,
que se os faltan mis luceros
hace que la vida os falte.

Que el que amando, como vos,
no sabe sacrificarse
dando a su dama la dicha,
aunque su desdicha labre,

más que de la que enamora
es de sí mismo el amante.

MARCIAL (Le ha cogido la flaqueza,
y le ha tirado el desarme.)

ANDRÉS He de seguiros.

ESPER. Tened:

no deis un paso adelante,
no añadáis lo descortés
a lo presumido. (¡Zape!)

ANDRÉS Estáis sola...

ESPER. Con mi honra.

MARCIAL No está sola, y voto al draque, (Saliendo.)
que si dais un paso más,
os tire la irremediable.

ANDRÉS Y quien así la defiende,
¿es su marido o su padre?

ESPER. Es un hidalgo que intenta
poner coto a los desmanes,
con que se ofende a una dama
en la mitad de la calle.

MARCIAL Un hidalgo, y que la adora,
antes que vos, mucho antes.

ESPER. ¡Fatalidad! Yo os estaba
agradecida a la parte,
que por esforzado y noble
os tomabais en el lance,
sin presumir que a esa acción
el interés os guiase;
pero, pues vos no queréis
que os lo agradezca... adelante.

MARCIAL Señora...yo...

ESPER. Guardeos Dios.

ANDRÉS Yo...señora.

ESPER. Dios os guarde.

Escena V

DON ANDRÉS, DON MARCIAL.

MARCIAL Lucido estáis, don Andrés.

ANDRÉS Igual que vos, don Marcial.

MARCIAL ¿Y vos persistís?...

ANDRÉS Sí tal.

¿Y vos no desistís?

MARCIAL Pues.

Allí estaba...

ANDRÉS ¡Ya!

MARCIAL Y por Dios,
que mis oídos no son buenos,

o no os ama.

ANDRÉS Por lo menos
me ama tanto como a vos.

MARCIAL Triste es que seamos rivales.

ANDRÉS Ciertamente.

MARCIAL Un paso atrás
no dio un Pacheco jamás.

ANDRÉS Ni jamás un Barrizales.

MARCIAL Soy algo galán...

ANDRÉS Yo un poco.

MARCIAL Diestro en armas...

ANDRÉS Yo en amores.

MARCIAL Tiro tajos.

ANDRÉS Digo flores.

MARCIAL No cedo.

ANDRÉS Pues yo tampoco.

MARCIAL En vos es mala intención,
que os da cien damas fortuna;
y ambicionar ciento y una
es demasiada ambición.

ANDRÉS En vos, que tenéis aquí
donde escoger un millar,
y no me queréis dejar
ciento y una para mí.

MARCIAL Hable el acero en tal trance.
(Desenvainando.)

Mire que paro al violento.

ANDRÉS Norabuena. Pasos siento:
habrá quien estorbe el lance.

MARCIAL ¡En guardia! Tocado está
en mitad del corazón.

El medio de proporción
le he cogido.

Escena VI

DON MARCIAL, DON ANDRÉS, QUEVEDO.

QUEVEDO ¡Ja, ja, ja!

MARCIAL. ¡Quevedo!

ANDRÉS ¿Os reis?

QUEVEDO Me río.

MARCIAL ¿De vernos riñendo?

QUEVEDO Justo.

ANDRÉS Pues es un gusto...

MARCIAL Es un gusto...

QUEVEDO Es un gusto como mío.

MARCIAL ¿Sabéis?...

QUEVEDO Presumo que al fin

se hallaron en la jornada
el galán de la posada
y el galán de San Martín.
Que ambos de Esperanza en pos,
cada uno a Esperanza avanza,
e iguales dejó Esperanza
sin esperanza a los dos.

¿Era esa la causa?

MARCIAL Pues.

¿Y qué medio, vive Dios,
siendo los amantes dos?...

QUEVEDO No sabéis sumar: son tres.

MARCIAL ¿Qué estáis diciendo?

ANDRÉS ¡Qué escucho!

QUEVEDO Que en esta amante batalla
hay un tercero que calla;
pero que la quiere mucho.

MARCIAL ¿Es...duro?

QUEVEDO Como un broquel.

MARCIAL ¿Es diestro?

QUEVEDO Así, así

ANDRÉS ¿Gasta buena prosa?

QUEVEDO ¡Sí!

Después de Cervantes... él.

MARCIAL ¿Noble?

QUEVEDO Si no nunca osara
amarla más que en proyecto.

MARCIAL ¿No tiene ningún defecto?

QUEVEDO Tiene varios en la cara.

Como busto no es gran cosa,
y lo sufre sin disgusto,
que aunque tiene feo el busto,
tiene el alma muy hermosa.
Y aunque el alma oculta está
del cielo en lo más profundo,
y nunca se asoma al mundo
de vergüenza que la da,
el alma existe, y se siente
cuando es grande y cuando es bella,
en lo que surge por ella
del corazón y la mente.

Volviendo al tercero; es tal,
que desde su edad mas verde
nunca gana, y siempre pierde,
porque siempre fue leal.
Jamás tocó un mal registro,
y, ved si será manía,

pudo ser ministro un día,
y no quiso ser ministro.

MARCIAL ¿Por qué no quiso el poder?

QUEVEDO Porque le había de hurtar
la noche para estudiar
y el día para querer.

MARCIAL Pues su destino es terrible.

QUEVEDO Decidme por qué.

MARCIAL Porque
no entrará aquí con buen pie.

QUEVEDO Eso le fuera imposible.

ANDRÉS ¡Dios le valga! ¿Cojo es?

QUEVEDO Si no lo habéis por enojo,
es un cojo que no es cojo,
sino entre cojo y cortés.

MARCIAL En fin, pues no tuvo miedo...

QUEVEDO Nunca dijo tal su fama.

ANDRÉS ¿Nos diréis como se llama?

QUEVEDO Don Francisco de Quevedo.

ANDRÉS ¡Vos, don Francisco! ¿Estáis loco?

MARCIAL ¡Vos, Quevedo!

QUEVEDO Yo, Villegas.

ANDRÉS ¡Ay, amor, a cuántos ciegas!

QUEVEDO A mí me faltaba poco.

MARCIAL ¿Sabéis su valor, señor?

QUEVEDO Pues por eso la he escogido:
quien me acete por marido
ha menester gran valor.

ANDRÉS ¿Meditasteis bien el paso?

QUEVEDO Tengo mis razones.

ANDRÉS Luego...
vuestra sátira...

QUEVEDO Reniego
de la sátira, y me caso.

Con que el pelo algo me tiña,
aun no soy octogenario...

ANDRÉS Cabello que dio en canario
mal para cuervo se aliña.

MARCIAL Y si sois...

QUEVEDO No así chancero
ajéis, don Marcial, su fama.

Doña Esperanza es muy dama,
y yo soy muy caballero.

ANDRÉS Que a esa belleza altanera
pretendáis, es devaneo:
poned en otra el deseo,
y encontraréis quien os quiera,

QUEVEDO ¿Si?

ANDRÉS ¡Vaya!

MARCIAL Muchas y bellas.

QUEVEDO No lo dudo; pero, amigo,

las que se atreven conmigo,

no me atrevo yo con ellas.

En fin, veis que con lealtad

me he presentado, y sin dolo:

vosotros aquí tan solo

arriesgáis la vanidad.

Y yo, si llego a perder,

de mala manera muero;

porque la quiero, la quiero

más que se puede querer.

Un grave peligro arrostro.

Considerad mis afanes,

si lucho con dos galanes

sobre luchar con mi rostro.

Y ved que en esta ocasión

jugamos -lo dicho, dicho-

vosotros sólo un capricho,

y yo todo el corazón.

Ceded; duro caso es,

pero un amigo leal...

ANDRÉS Que ceda antes don Marcial.

MARCIAL Que ceda antes don Andrés.

QUEVEDO Veo que el ruego es importuno

e inútiles las razones,

pues que con tantas cesiones

no quiere ceder ninguno.

Del enemigo el consejo

tomad: conspirad los dos

contra mí, pues vive Dios,

que pobre, miope y viejo,

en lucha con los dos, puedo

con los dos; seguro estoy:

porque tengo... porque soy

don Francisco de Quevedo. (Vase.)

Escena VII

DON ANDRÉS, DON MARCIAL.

ANDRÉS (Me da que pensar el viejo;

pero es tan bueno mi plan...)

MARCIAL (El dijo con el refrán,

del enemigo el consejo.)

ANDRÉS (Si éste mis intentos sabe,

pudiera entrar tras de mí.)

MARCIAL (Si no me muevo de aquí,
no hará uso de la llave.)

¿Y qué decís, don Andrés? (Alto.)

ANDRÉS Digo lo mismo que vos.

MARCIAL Con que ya no somos dos.

ANDRÉS No, porque ya somos tres.

MARCIAL Mas, Quevedo...

ANDRÉS Desde luego
es de locura su arrojo.

MARCIAL Pretendo correr, ¡y es cojo!

ANDRÉS Pretende mirar, ¡y es ciego!

MARCIAL A escoger entre los dos,
a vos os cediera el paso.

ANDRÉS Don Marcial, en igual caso
lo mismo hiciera con vos.

MARCIAL Mas para alianza...

ANDRÉS Es tarde.

Fiémoslo del destino.

Cada cual por su camino.

MARCIAL Guárdeos Dios.

ANDRÉS Que Dios os guarde. (Vanse.)

Escena VIII

QUEVEDO No tardarán en volver
ambos a juntarse aquí,

mas pasarán sobre mí

si han de llegarla a ofender.

Yo mismo...¡fatalidad!

contra ella les dí un enredo...

En fin, veamos si puedo

enmendar mi necesidad.

No hay que perder la ocasión:

desde ese balcón oír

puedo, y acaso acudir.

Empiece, pues, mi ascensión.

Nadie me ve, y tengo empacho.

A pesar de mi gracejo,

me sientan mal, siendo viejo,

bizarrías de un muchacho.

Penoso es el ejercicio

de galán: si pierdo un pié

y me descrismo, ahorraré,

un quehacer al Santo Oficio.

Escena IX

QUEVEDO en el balcón, DON MARCIAL

MARCIAL Silencio y oscuridad.

Se marchó como pensaba.
Volverá; mas antes yo
he de saber cuanto pasa.
¡Oh! Bien hayas, arca amiga,
de tantos secretos arca.
¡Pobre don Andrés! No sabes
la defensa en la batalla:
no has conocido que yo
soy tirador de ventaja,
que aunque pongo el descubierto
nunca abandono la guardia,
y una estocada de noche
te he de dar, y no la paras.
Me cercioraré primero
por si escondido se halla.
¡Nadie!
QUEVEDO Larga es la tizona;
pero a la reja no alcanza.
MARCIAL Darle una llave la dueña
después que yo la pagaba,
no hay duda; esa llave es
el principio de una trama.

Escena X

DICHOS, DON ANDRÉS. (Dirígese al arca.)

ANDRÉS ¡Hola, hola, don Marcial!

¡Pronto las revueltas ganas!

Me enseñaste el escondite;

te lo agradezco en el alma.

Si te venzo, no te quejes,

que tú me diste las armas.)

MARCIAL Cuando quisierais llamarme,

dijo el mochuelo con faldas,

daréis tres palmadas; bueno.

Llego y doy las tres palmadas. (Lo hace.)

Escena XI

DICHOS y DOÑA GAITANA.

GAITANA ¿Sois vos?

MARCIAL Yo soy. (Y no miento.)

ANDRÉS ¡Ah! ¡Pobreta! ¡Que te clavas!

GAITANA Don Andrés.

MARCIAL (Echándola mano.) No es don Andrés.

GAITANA Sanctus Petrus, Sanctus...

MARCIAL ¡Calla!

Como des un solo grito,

te hago una entrada de daga,

que lleve adelante el hueso,
ya que la carne te falta.
¡Tú eres una sierpe!

GAITANA Cómo...

MARCIAL Naciendo una sierpe, y basta.

GAITANA Soltadme: ved que soy noble;
desciendo de doña Urraca.

MARCIAL Lo creo, porque del pájaro

te se han pegado las mañas,

y son tus dedos ganzúas

para las bolsas, Gaitana.

Mas corre el tiempo que vuela;

ahorrémonos de palabras:

tú me has vendido...

GAITANA Señor...

MARCIAL Con Barrizales. (Cachaza.)

Si él te ha pagado a más precio

de lo que yo te pagaba,

con doblarte yo la suma

la cuestión está acabada.

GAITANA La cuestión...

MARCIAL Es de metales.

Mírala bien, que no marra

Entre acero y oro elige

el que más cuenta te traiga.

¿Qué plan tiene don Andrés?

GAITANA Vendrá por la puerta falsa

a las doce: unos truhanes,

gente de muy mala cara,

que vendrán con él,

se darán de cuchilladas.

Si entonces, como es posible,

mi señora se desmaya,

cuando acudan los vecinos

y la ronda a la jarana,

ven a don Andrés de noche

en sus brazos y en su casa.

MARCIAL Si de don Andrés la libro,

escuso lo que pensaba.

GAITANA ¿Qué pensabais?

MARCIAL Incendiar

la habitación...

GAITANA ¡Santa Bárbara!

MARCIAL Librarla a ella del incendio,

y llevarla a mi posada.

QUEVEDO (Y a mí al hospital, verdugo.)

ANDRÉS (¡Este hombre amando...achicharra!)

MARCIAL Cuando venga don Andrés
y arme pendencia, a tu ama
dices, que a la puerta estoy,
siempre dispuesto a librarla.
Ya tengo cerca de aquí
una silla preparada;
me acompañará tan solo
un hombre de confianza.
Las doce están al caer...

GAITANA Pues yo voy...

MARCIAL Adiós, Gaitana.

Vuelvo con la silla, y cuenta
con olvidar mis palabras.
Entre acero y oro, elige
lo que más cuenta te traiga. (Vanse.)

Escena XII

DON ANDRÉS, QUEVEDO en el balcón.

ANDRÉS El que escucha su mal oye,
dice un refrán, y se engaña.

Tú, que la red me has tendido,
te enredarás en las mallas.

(Se oye un reló lejano.)

Una... dos... tres... cuatro... cinco...
seis... siete... ¿Si me harán falta?

Escena XIII

DICHOS, MATEO y dos embozados.

MATEO Hidalgo...

ANDRÉS Puntual has sido.

MATEO Nunca falto a mis palabras.

Vamos.

ANDRÉS Yo me quedo.

QUEVEDO (Son

tres no más... y tengo espada.)

MATEO ¿Os quedáis?

ANDRÉS Sí: yo me entiendo.

En cuanto que arméis la zambra,

os vais; y en el Prado, solo,

a que yo te busque aguardas.

MATEO La llave...

ANDRÉS A ti te la fío
pero...

MATEO Por Santa Lugarda,

ninguno de mis muchachos

se pringará en una hilacha:

que asustar es de valientes,

pero hurtar es de canallas.
Guárdele Dios al hidalgo. (Vanse.)
ANDRÉS Y a vosotros. Vuelvo al arca.

Escena XIV

DON ANDRÉS, tras el arca. QUEVEDO, en el balcón. DON MARCIAL y LEONARDO, conduciendo una silla de manos, por la derecha.

MARCIAL Pisa quedo y con cachaza.

Yo me acercaré a la puerta,
que debe de estar abierta.

(Mientras llega, DON ANDRÉS se acerca al criado, y le tapa la boca con un bolsillo:

QUEVEDO desaparece del balcón.)

LEONAR. ¡Ay!

ANDRÉS Vete.

LEONAR. ¡Buena mordaza! (Vase.)

Escena XV

DON MARCIAL, DON ANDRÉS.

MARCIAL Mañana reírme puedo

de mis ilustres rivales,

don Andrés de Barrizales

y don Francisco Quevedo.

Oigo rumor... voces... ¡sí!

Esa es la dueña, que chilla.

Pronto, Leonardo, la silla

aproximemos aquí.

Así entrará sin recelo.

(Abren la portezuela y acercan la silla a la puerta de la casa.)

Séame la suerte amiga.

Escena XVI

Una persona rebozada con un manto entra apresuradamente en la silla: DON ANDRÉS y DON MARCIAL la conducen.

ANDRÉS Cayó el pájaro en la liga.

MARCIAL Tragose el pez el anzuelo.

¡Aprisa, cuerpo de tal!

Logré robar el tesoro.

ANDRÉS ¡Cómo pesa el bien que adoro!

QUEVEDO Tiene más fuerza Marcial.

(Sacando la cabeza por la portezuela de la litera.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero

La misma decoración del acto primero. Luz en la escena.

Escena primera

DOÑA ESPERANZA, MATEO.

ESPER. ¿Y ahora hablaréis?

MATEO Sí, señora;

porque ahora nos encontramos
en lugar seguro, y yo
he cumplido con mi encargo.

ESPER. En el nombre de Quevedo,
me juraron vuestros labios
que peligraba mi honra
si no os seguía: bajamos,
y conducirme en mi silla
aquí, en donde os reclamo
la palabra que me disteis
de hacer a mis ojos claro
el negro plan encubierto,
que hacía a mi honor agravios.

MATEO Empiezo, pues. Yo, señora,
me llamo Mateo Cano,
y fui soldado en Italia
con el de Alva, tres años.
Con justicia o sin justicia
gané fama de bizarro,
y por esta cualidad,
me estimaban los hidalgos.
Sobre todos don Francisco,
que es de valientes dechado.

Una vez por una moza,
las mozas eran mi flaco,
me trabé con un sargento
de palabras, y villano
me da un bofetón: entonces,
ciego de coraje, parto
y le hiero, y a no hallarse
muy a punto un cirujano,
que le curó muy a punto,
me paga el bofetón caro.

Me Prenden y me sentencian
a ser arcabuceado;
pero don Francisco, que era
del duque, no amigo, hermano
logró mi perdón del duque,
a fuerza de suplicarlo.

A no ser por él hubiera,
muerto, sin darme un abrazo
mi madre, una pobre vieja,
que rezaba más que un santo,
y que he hecho llorar más agua
que vino he bebido en jarro.
¡Pobre madre! Murió a poco
tiempo que me licenciaron,
y al darme el último beso,
apretándome la mano,
dijo: «A Quevedo le debo
la última dicha que alcanzo.»
Yo lloraba como un chico,
y aun hoy lloro al recordarlo.
¿Pero vos también, señora?
ESPER. Proseguid.

MATEO Pasaron años:
mi oficio de tejedor
no me bastaba a mi gasto,
y siguiendo unos consejos,
no sé si buenos o malos,
contando con mi bravura
y unido con unos cuantos,
me dediqué honradamente
a ser defensor de hidalgos.
Me encomiendan sus negocios;
siempre cara a cara ataco;
según la causa y el precio,
pego de corte o de plano;
si pierdo, callo y me curo,
y si gano, bebo y callo.
Don Andrés de Barrizales,
y que es muy buen parroquiano,
me encargó que os diera un susto,
a cuchilladas entrando
para que la gente os viera
desmayada y en sus brazos
esta noche.

ESPER. Tal infamia...
MATEO Me habéis dicho que hable claro.
Allá fui; pero no bien
abrimos la puerta, cuando
un hombre contra nosotros
a mandobles se abre paso.
¡Alzo mi acero, y por Dios,
que si a soltar llego el tajo,
me arranco después yo mismo

el corazón a pedazos!
Es Quevedo; me conoce,
y al camarín señalando
en que estabais vos, señora,
«sálvala», dice; «yo parto
a impedir que don Andrés
y don Marcial hagan daño.
Aquí no se halla segura;
en mi casa ponla en salvo.»
Yo no sé si sois su deuda,
o si otro afecto más santo
a defenderos le guía,
yo obedecí su mandato.
Ahora permitid que os deje.
Ese, señora, es el cuarto:
tal vez en este momento
necesite de mi amparo.
Adiós, señora. (Vase.)
ESPER. Él os guíe.
¡Qué es lo que me está pasando!

Escena II

DOÑA ESPERANZA Mujer y sola a la corte
venir, fue imprudente paso:
harto en mi niñez un día
me lo dijo un desengaño;
le olvido, y vuelve, y me asedian
dos mancebos, confiados
en hallarme sin marido,
deudo, valedor ni hermano;
pero ¿cómo don Francisco
supo sus intentos bajos?
¿Por qué no me dio un aviso?
¿Por qué medio tan extraño
para librarme escogí?
Es misterio que no alcanzo
a penetrar... Y el billete
hoy por el duque firmado
tiene una intención tan doble...
Tiene un sentido tan vago...
«Ya conocéis a Quevedo, (Leyendo.)
quien con sus escritos sabios
os asombró; le habéis visto;
es bueno y es desgraciado:
si a la soledad y al tedio
se consiguiera arrancarlo,
si una dulce compañera

con su tiernísimo halago
 de la injusticia del mundo
 le compensara los daños,
 tal vez diera fruto opimo,
 en vez de secarse el árbol.
 A ser así, con qué gozo
 firmaría yo el contrato
 entre una noble señora
 y entre un varón tan preclaro.
 Don Luis Lacerda.» Él la casa
 me buscó, y al propietario
 dijo que viera, y Quevedo
 al verme estaba turbado...
 Acaso amor... ¡Imposible!
 No se ama en un día tanto,
 y él es la primera vez
 que me ha visto; sin embargo,
 a pesar mío, yo siento
 que pienso en él demasiado.
 Recuerdo como en un sueño
 sus facciones. ¡Cielos santos!
 Sería... ¡Imposible! ¡No!
 ¡Es locura imaginarlo!
 Esperaré a que él aclare
 el misterio... Siento pasos...
 Hay llave por dentro... ¡Sí!
 ¡En seguridad aguardo!
 (Se entra en el cuarto de la derecha, cerrando la puerta, hasta que indique que debe volver a la escena.)

Escena III

ADÁN y DOÑA ESPERANZA.

ADÁN Cierra la puerta... Quevedo,
 abrid: soy yo, vuestro hermano...

Adán de la Parra. ¿Fuisteis
 a ver al rey a palacio?...

Mirad que el riesgo se aumenta,
 pues jugáis la vida... ¡Vamos!

¡¡Abridme!!...

ESPER.

¿Qué estáis diciendo?

Quevedo...

ADÁN ¡Jesús!

ESPER.

Calmaos.

Sé que vuestras almas une
 la amistad con tierno lazo,
 y de algún riesgo sin duda
 te preveníais... Fiaros

podéis de mí, que deudora
le soy del favor más alto.
ADÁN El rostro es del alma espejo,
señora, dice el adagio,
y vos la tenéis hermosa;
no puede a tan puros labios
asomar una mentira,
que perdiera a un hombre honrado.

(Tengo que ir al Tribunal;
ya me estarán aguardando.)
Si a Quevedo veis, decidle
que no pierda tiempo en vano,
que suceda lo que quiera
en mi casa he de ocultarlo.

Aunque yo pierda la vida,
¿qué me importa, si le salvo?
Yo mi libertad lo debo,
y en esto una deuda pago.
ESPER. ¿Vos también? Adonde quiera
que ese hombre lleva sus pasos,
siembra el bien... ¡Oh! Si pudiese
a mi vez servirle en algo...

ADÁN ¿Sois casada?...
ESPER. Esa pregunta...

ADÁN Esa pregunta es del caso,
pues si no lo sois, podéis
salvarle.

ESPER. ¿Cómo?

ADÁN Casándoos
con él.

ESPER. ¿Qué peligro corre
de no hacerlo?

ADÁN Ser tostado
o no ver la luz del sol,
al menos por muchos años.

ESPER. ¡Él! ¿Y por qué?

ADÁN En una sátira
que a escribir le tentó el diablo,
el matrimonio pintó
con los colores mas malos.

En una comedia luego
vino a remachar el clavo:
hablose mucho en la corte;
y cierta noche, en su cuarto,
cierta condesa-duquesa
propuso, en chanza, casarlo
o achicharrarle soltero,

si desoía el mandato.
A Quevedo en un billete
se lo indicó: él no hizo caso,
y, en chanza, envió sus escritos,
al Santo Oficio, encargando
que se examinase bien,
si eran para el dogma un cáustico.
Y como por complacer
a la esposa del privado,
aun en chanza, se quemara,
no, digo a Quevedo, a un santo,
no se admite otro mentís
a sus escritos que el lazo,
de himeneo. De prenderlo
estoy ya mismo encargado:
si no es marido a las tres,
es prisionero a las cuatro.
Ya veis su apuro, señora;
dadle, por Dios, vuestra mano:
sois hemosa, ya lo veo;
él es feo, pero en cambio
debajo de la ropilla
tiene un corazón muy guapo.
Le sois de un favor deudora,
me dijisteis, pues pagádselo,
tiene regular hacienda...
¿Qué sentís?
ESPER. Un desengaño.
ADÁN Quevedo es un sabio...
ESPER. Sí,
un sabio, y no más que un sabio.
ADÁN Pero, vos...
ESPER. Yo le diré
puntualmente vuestro encargo.
ADÁN Pero...
En el tribunal
ESPER. os estarán aguardando.
ADÁN Pero...
ESPER. Callad ya: ¿no veis
que me estáis haciendo daño?
ADÁN Yo, señora, si...
ESPER. Id con Dios.
ADÁN (¡Si habré hecho mal, cielo santo!)

Escena IV

DOÑA ESPERANZA Quien su mano conducía
no era el amor, era el miedo:

¡apenas creerlo puedo,
yo, que tan alto veía
a don Francisco Quevedo!
El que de su inspiración
soltando el rico raudal
enaltece el corazón,
tiene miedo al tribunal
de la Santa Inquisición.
Y en vez de amante, advertida
en mí fija la mirada
porque peligra su vida,
y me busca agradecida
para encontrarme obligada.
Todo era ficción, ficción,
y yo inmutarse le vi,
y escuché la conmoción
de aquella voz... ¡Ay de mí!,
¡que llegaba al corazón!
¡El corazón... desvarió!
Esa fuente de pasión
pronto la seca el estío.
¿Dónde hallar un corazón
como este corazón mío?
Aunque tristezas me das,
decir con orgullo puedo,
sintiendo que entero estás:
-Corazón, tú vales más
que el corazón de Quevedo.

Escena V

DOÑA ESPERANZA, DOÑA GAITANA.

ESPER. ¡Quevedo!

GAITANA Quevedo es
el hombre más ruin...

ESPER. ¡Gaitana!,
tú aquí.

GAITANA Buscándoos.

ESPER. ¿Sabias
en dónde encontrarme?

GAITANA ¡Vaya!

¿No os trajo aquí don Marcial
libertándoos de las garras
de don Andrés?

ESPER. ¿Eso sabes?

(¿Me habrá vendido?)

GAITANA Y venganza
vengo a buscar de Quevedo.

ESPER. (¡Siempre ese nombre!)

GAITANA Canalla
como Quevedo...

ESPER. (¡Otra vez!...

¿Hizo alguna acción liviana?

GAITANA Liviano es él y asadura,
y también la desollada
que le echó al mundo. ¡Dios mío!,
perdonadme si... Ave gratia...
plena...

ESPER. Pero en fin, ¿qué es ello?

GAITANA ¿Qué es ello? Menos que nada.

Os lo voy a referir
con todas sus circunstancias
agravantes. El bandido
(que así le fría la santa
Inquisición, con manteca
de ahorcado, antes de la pascua),
sin saber cómo o por dónde
estaba dentro de casa.

Le pregunto, me contesta
con muy melosas palabras;
pero de pronto catad
que me arremete a puñadas,
vis aut metus, como dicen
en la Instituta Romana;
y con sus dedos sacrílegos
la toca me desencaja,
y me despoja del manto,
y en fin, virgo predicanda,
iba a dejarme lo mismo
que la primera mañana
en que por parir mi madre
vine a este valle de lágrimas.
Ítem pellizcando el hombro
¡ay Dios!, que desnudo estaba,
«chilla, bruja,» me decía,
hija de una salamandra.»

A una ilustre señora
de tan ilustre prosapia.
Y delante de mí, ¡oh témpora!,
se mete dentro mi saya,
se reboza con mi manto,
por la escalera se escapa,
y me deja en el pasillo
con pudor y con enaguas.

ESPER. ¿Y después?

GAITANA Todo en silencio,
yo recorriendo la casa,
sólo encontré al rodrigón
escondido en una cámara.
Me visto y vengo a buscaros,
que aquí don Marcial se halla,
y protegerá a la dueña
como ha protegido al ama.
Y aquí ha de volver Quevedo,
y me ha de volver intacta
toda mi honra.
MARCIAL (Dentro.) ¡Mil tajos!...
GAITANA Ya está ahí don Marcial. ¡Venganza!
ESPER. Yo sé lo que hacer me toca:
venid conmigo a esa estancia.
GAITANA Pero... señora...
ESPER. Venid.
GAITANA Pero...
ESPER. Yo soy quien lo manda.

Escena VI

DON MARCIAL y DON ANDRÉS, conduciendo la silla.

MARCIAL Huyendo las rondas, tardo
en llegar una hora entera,
y además en la escalera
a poco vuelca Leonardo.
Signos son de mal agüero;
pero ya una vez aquí...
Vuelve a ese cuarto... Así...
Voy a darte tu dinero.

(Entran la silla en el cuarto de la izquierda, y DON MARCIAL se guarda la llave.)

MARCIAL Pues en asunto tan grave
me has servido, te lo aprecio
de este modo.
ANDRÉS Es corto el precio.
MARCIAL ¿Qué precio pones?
ANDRÉS La llave.
MARCIAL ¿La llave, dices?
ANDRÉS Sí tal.
MARCIAL ¿Sabes con quién hablas?
ANDRÉS Pues;
pero vos no.
MARCIAL ¡Don Andrés!
ANDRÉS ¿Qué os sorprende, don Marcial?
La guerra era nuestra enseña,
y ambos de ella hemos usado.
MARCIAL ¿Me ganasteis el criado?

ANDRÉS Lo mismo que vos la dueña;
y pues estáis obstinado,
juguemos en la partida
por esa llave la vida;
prosiga el lance empezado.
MARCIAL Jamás un Pacheco cede.
Desenvainad sin demora.
(Aparece QUEVEDO en la ventana de la izquierda.)
ANDRÉS Aquí no, que a esa señora
comprometérsela puede.
MARCIAL Mirado sois.
ANDRÉS Ya lo veis.
La noche en sus sombras crece;
bueno el Prado me parece
a esta hora.
MARCIAL Como gustéis.
ANDRÉS (Allí está Mateo, y basta.)
(Vanse, cerrando la puerta del foro.)

Escena VII

QUEVEDO (En la ventana.)
Norabuena: si se baten,
aunque ambos a dos se maten,
no se ha de acabar la casta.
Sáqueme el Señor al fin
mejor en esta jornada
que al galán de la posada
y al galán de San Martín.
Desciendo: Dios sea conmigo.

Escena VIII

Mientras QUEVEDO baja, aparecen en la puerta derecha DOÑA ESPERANZA y DOÑA
GAITANA.
ESPER. Para obtener mi perdón
Ya sabes la condición. (Vase.)
GAITANA Sí, ya... (Soberbio castigo.
Él es.)
QUEVEDO Si en vez de reproches
(Acabando de bajar.)
ese ángel me da consuelo,
si yo en sus ojos de cielo
logro leer... (DOÑA GAITANA mata la luz.)
Buenas noches.
GAITANA (Estando a oscuras es fácil
que se le pueda engañar
fingiendo la voz.)
QUEVEDO (¡Qué es esto!

Tal vez un lazo...) ¡Quién va!

GAITANA Quien os ama, y por vos teme
con la más tierna ansiedad.

QUEVEDO ¿Quién me ama?

GAITANA (Si por marido

logro pescar al galán,
al Santo Cristo de Burgos
ofrezco un cirio pascual.)

QUEVEDO ¿Y quién es la que a buscarme
viene así en la oscuridad?

¿Eres Silfa, que en mis sueños
formó mi bello ideal,
o Bruja, que en una escoba
montada al sábado va?

GAITANA Soy, Quevedo, una señora,
que arriesga su honestidad
para venir a deciros,
que os quieren vivo tostar
por herético a las tres,
si a las cuatro no os casáis.

QUEVEDO Atrasada es la noticia:
mas ¿con quién me he de casar?

GAITANA Nuestro corazón, Quevedo,
es bueno, noble...

QUEVEDO Si tal
una mujer me dijera...

GAITANA ¿Pues no os lo digo yo?

QUEVEDO ¡Ya!

Pero no hay luz... Vuestra mano...
(Tomándola.)

¡Vade retro! ¡Satanás!
Te conocí, vieja bruja,
hija del mismo Belial.

GAITANA Yo soy, que os vengo mi fe
a ofrecer...

QUEVEDO Mujer falaz,
si es tu cara de estameña
lo mismo que tu sayal,
si tienes los ojos verdes
como las lechuzas...

GAITANA ¡Bah!
si yo os ofrezco mi fe.

QUEVEDO Y también tu fe-aldad.

GAITANA La Inquisición, don Francisco,
mañana me vengará.

QUEVEDO ¡Que me tuesten! Lo prefiero
a no casarme con tal

harpía, que con azufre
rebozada ha tiempo está,
y la emplumaron diez veces
por zurcidora...

GAITANA Callad,
lengua de escorpión.

Escena IX

DICHOS y DOÑA ESPERANZA, con luz.

ESPER. ¡Qué es esto!

¿Qué son tales voces?...

QUEVEDO ¡Ah!

¿Qué han de ser, señora mía?

Un diablo descomunal,
que armado de saya en tocas,
se vino el alma a llevar.

¿Quién te contó mi desdicha?

ESPER. Yo.

QUEVEDO ¡Vos, señora!

ESPER. (A GAITANA.) Marchad.

Escena X

DOÑA ESPERANZA, QUEVEDO.

QUEVEDO Cómo sabéis, señora...

ESPER. Vuestro amigo

Juan Adán de la Parra, hace un momento
se confió conmigo.

¡Una proposición con que me ha honrado
de casarme con vos!... No es admisible;
casarme sin amor nunca he pensado.

QUEVEDO Más que un amigo tonto, es preferible,
señora, un enemigo encarnizado.

ESPER. Pero yo agradecida
al que por defenderme así se empeña,
busco la dueña, ofrézcole la vida...

QUEVEDO ¡Y me ofrecéis la vida... con la dueña!

ESPER. ¿No la admitís?

QUEVEDO No a fe: no tiene encanto

para el que en triste soledad vejeta
esa vida, que todos aman tanto...

No es este mundo el mundo del poeta.

Yo nada soy, señora; nada puedo
por mi suerte funesta.

Al perderos a vos nada me resta.

ESPER. ¿Nada es la gloria para vos, Quevedo?...

QUEVEDO ¿Qué es esa pobre gloria tan nombrada
al que tras su laurel no ve, señora,

ni el beso de la boca enamorada,
ni la luz de los ojos en que adora?
Triste trofeo de la triste historia
de un triste, a quien viviendo hicieron trizas.
Y cuando el infeliz alcanza gloria,
no quedan de su cuerpo ni aun cenizas.
No me cuido por cierto
de mis dichas aquí... después de muerto.
Yo solamente en vuestro amor vivía.
ESPER. Tal me amáis desde hoy... ¿Quién lo diría?
¿Tanto el amor de pronto os enajena?
QUEVEDO ¡Os burláis!... ¡Feliz vos!... Solo el que quiere
con toda el alma, sabe la honda pena
de un pobre corazón, que amando muere.
ESPER. Basta de fingimiento: me es notoria
la historia de ese amor... tan verdadero,
y al duque le diríais otra historia.
QUEVEDO Al duque...
ESPER. Ved su carta, caballero.
QUEVEDO (Después de leer rápidamente la carta.)
No consiento que así manchéis su gloria.
Oid ahora lo que sólo un día,
que nunca llegará (vos lo habéis dicho),
salir debiera de la boca mía.
Una niña gentil, rosa temprana,
que apenas entreabría
su casto broche al sol de la mañana,
con su aromada esencia
supo embriagar el alma enamorada:
desde que vi la luz de su mirada,
hace años, es la luz de mi existencia.
Única flor con que bordó el destino
el ardiente arenal de mi camino...
ahora que veis que lloro,
decidme si es que miento o que la adoro.
Una vez en el templo, un hombre osado,
por un error que le costó la vida,
tocó aquel bello rostro tanpreciado
con su mano atrevida.
Al sacrílego ultraje
del templo le saqué: cruza el acero,
y ciego de coraje
junto a la casa del Señor le hiero.
ESPER. ¡Eráis vos!
QUEVEDO Emigré: pasaron años,
años, sin ver la lujuria por quien existo.
No me importa: bien vale haberla visto

el sufrir tan amargos desengaños.

ESPER. Pero ahora la encontráis...

QUEVEDO Es cierto. Ahora

no consiento que el duque nada pierda
en vuestra estimación: don Luis la Cerda,
es mi amigo y no más. Adiós, señora.

ESPER. Quevedo, detened: el alma mía
se negaba a creer que en vos pudiera
cabrer miedo o falsía.

Yo también en mis sueños me forjaba
un sublime ideal, y hoy decir puedo,
que antes de conoceros os amaba.

QUEVEDO Vos, Esperanza, vos...

ESPER. Si..., yo..., Quevedo.

QUEVEDO Háblame, ilusión mía,
mírame, que te quiero estar mirando:
mírame más aun... más todavía:
si este es un sueño, oh Dios muera soñando.

El despertar después... me mataría.

ESPER. No es sueño.

QUEVEDO ¿Es realidad? ¿O es desvarío?

Para ser tan feliz, Señor, ¿qué he hecho?

Se quiere el corazón saltar del pecho.

¡Me va el gozo a matar!... ¡Llanto! ¡Dios mío!

Escena última

DICHOS, DON ANDRÉS, DON MARCIAL, CORCHETES, DOÑA GAITANA, ADÁN,
dentro.

ADÁN Abrid.

MARCIAL A hacerlo voy yo,
que tengo llave.

GAITANA ¡Qué ruido!...

(Se abre la puerta.)

ADÁN Quevedo, sabed que...

ESPER. No

prosigáis; es mi marido.

ADÁN ¿Si? Quitaos de delante. (A los CORCHETES que
se van.)

ESPER. Si me ama...

QUEVEDO ¡Oh, dicha completa!

ESPER. La que le admiró poeta,
lo sabrá adorar amante.

QUEVEDO Ángel de luz, tú verás

si basta a pagarte hoy

toda el alma que te doy,

la ventura que me das.

ANDRÉS ¡Marido!

QUEVEDO Ya es ocasión
que pongáis la carantoña,
porque me caso con doña
Esperanza de Aragón.
MARCIAL Nos veníamos aquí
sin trabar la lucha fiera,
para que ella eligiera...
QUEVEDO Justo: y me ha elegido a mí.
ADÁN Pero no cerrasteis. (A D. MARCIAL.)
MARCIAL Pues.
ANDRÉS ¡Si será brujo!
QUEVEDO ¡Tal cual!
ANDRÉS ¡Lucido estáis, don Marcial!
MARCIAL Igual que vos, don Andrés.
QUEVEDO Al cabo logré mi afán.
ADÁN Pues todo este beneficio
le debéis al Santo Oficio.
QUEVEDO De estas habrá pocas, Juan.
Y pues que de mi boda
se acerca el día,
canto a los matrimonios
en seguidillas,
metro de baile,
que pueden castañuelas
acompañarle.
En el mar de la vida
náufrago el hombre,
es la mujer la barca
donde se acoge,
y allí reposa
durmiendo al son del ruido
que hacen las olas.
Y unas veces le lleva
a puerto amigo,
y otras veces navega
sin rumbo fijo;
y aún otras varias,
si la barca no es buena,
suele hacer agua.
El que lo advierta a tiempo
ponga reparos,
el que sea inadvertido
que deje el casco.
Y el que no quiera
correr riesgo en el agua,
que ande por tierra.
Y yo que en Esperanza

pongo la mía,
de mi Esperanza espero
lograr la dicha.
Por sus luceros
modelo de maridos
será Quevedo.
FIN

Post-scriptum.

No me mueve al escribir estas líneas, ni baja adulación, ni espíritu de pandillaje; toda mi vida he sido sobradamente franco, y así me he visto de lúcido: faltaría a mi deber si al dar a la prensa esta comedia, no dedicase una página a los artistas que con tanta inteligencia la interpretaron: el Sr. Romea estuvo a la altura de la justa fama que le coloca el primero entre los actores de España: el Sr. Guzmán hizo llorar en el Adán de la Parra: la señora Carrasco, con sus maneras distinguidas y su exquisito buen tono, caracterizó admirablemente la dama discreta, altiva y amante del siglo XVII. La señora Sampelayo y el Sr. Pizarroso contribuyeron al buen éxito, desempeñando con acierto sus papeles. A la buena ejecución de mi obra debo (por lo menos) la mitad de los aplausos con que el público ha querido alentar mi pobre ingenio: reciban estos renglones como una prueba inequívoca de mi gratitud.

N. SERRA.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).